

## AUN A OSCURAS, ALTO VUELO LÍRICO Y ESPIRITUAL DE DIONISIA GARCÍA

MANUEL LLANOS DE LOS REYES

En un momento de clara madurez Dionisia García nos ofrece un nuevo poemario, impreso esta vez en Italia, en una cuidada edición bilingüe a cargo de Emilio Coco, que lleva por título *Anche se al buio (Aun a oscuras)*<sup>1</sup>.

A pesar de tratarse de un breve libro, o cuaderno de menor formato, no por ello desmerece un ápice de otros anteriores de su autora; muy al contrario, me atrevería a señalar que nos hallamos ante una pequeña gran obra poética, llena de hondura y sentimiento religioso, que corona la sólida trayectoria de quien es, sin duda, una de las voces líricas femeninas más autorizadas del panorama literario español.

La poetisa se repliega sobre sí misma, realizando en esta obra un singular ejercicio de introspección, una mirada a los parajes más recónditos de su yo interior, un recorrido a través de las galerías del alma, donde sólo lo auténtico tiene cabida, allí donde todo lo vivido adquiere su verdadero sentido y significación. Porque, a menudo, suele ocurrir que la interpretación de la realidad que observamos y experimentamos a lo largo de nuestra existencia, y que casi siempre creemos comprender, frecuentemente queda *oscurcida* cuando tratamos de explicar aquellas otras manifestaciones que no acertamos a ver con la misma claridad y de las que tan desasistida está nuestra parca esencialidad humana, como son la idea de Dios o del más allá que nos aguarda tras la muerte. Sobre estos sentimientos universales, la poetisa dice a un amigo fallecido: “Hoy el destino quiere que seas el primero/ en desvelar lo oculto./ De la verdad sabrás, tú, solo, en la otra orilla”. Y en el primer poema del libro, “Mientras conmigo voy”, confiesa: “Me preguntas si creo, si busco otras verdades./ Aquí estoy viendo el mundo. Camino sin respuestas,/ a la buena de Dios, que no es tan mala cosa.”

Recientemente, en una entrevista concedida a la revista de poesía *El ciervo*, Dionisia afirmaba que “la creencia en la búsqueda es un modo de estar en la vida. La mía es una

---

<sup>1</sup> Dionisia García: *Anche se al buio (Aun a oscuras)*. Edizione di Emilio Coco. Quaderni della Valle, nº 26. Bari. Italia. 2001.

búsqueda esperanzada”. Este es, precisamente, el tema fundamental de *Aun a oscuras*: el sentimiento desasistido de Dios, en medio de la *noche* del mundo, así como su búsqueda incesante y serena. Lo expresa de modo inequívoco a lo largo de todo el poemario: “Yo quedo, como siempre, sin ti y a tu cuidado” (“En el camino”);

“En el camino estás, juntos andamos.// Pasaba..., en esta tarde lluviosa de diciembre,/ y digo una vez más: estoy, por si me oyeras” (“Intento fiel”); “En la frontera Tú, y acoso las palabras, la lengua de los hombres./ Queja humana y lamento ante la noche oscura/ de un viaje irrepitable con incierto destino”(“Viaje”).

El recorrido del alma en soledad, anhelante de la presencia de Dios, quedó magistralmente plasmado en los versos de dos grandes poetas religiosos del siglo XVI, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. Este último escribía en su *Explanatio in canticum*: “El alma se halla en adversidad porque busca a Dios ausente; pues aunque Dios está siempre presente en todas las cosas y siempre sostiene a los suyos; sin embargo, haciendo llegar la contrariedad a ellos parece como si se alejara y no quisiera ya asistirlos.”

De similar manera, Santa Teresa de Jesús, en su *Morada cuarta*, expresaba este mismo asunto: “Dejemos cuándo el Señor es servido de hacerla (esta merced), porque Su Majestad quiere y no por más. Él sabe el porqué: no nos hemos de meter en eso”.

Desde entonces para acá, muchos otros autores en la historia literaria han continuado esta línea trascendente, hondamente preocupados por los enigmas sustanciales que acompañan la vida del ser humano. Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, por poner dos ejemplos señeros de la poesía del XX, buscaron a un Dios que siempre se les aparecía desdibujado y borroso: “Siempre buscando a Dios entre la niebla” (Machado), “Por la niebla de la avenida voy perdido” (Juan Ramón). Y de forma desgarrada, los poetas desarraigados del 36, expresaron angustiadamente idéntico motivo.

Dionisia García, con mayor serenidad que aquellos, nos ofrece en esta especie de cuaderno íntimo que es *Aun a oscuras*, la manifestación sentida de su ferviente religiosidad, su particular búsqueda de Dios y la necesidad de que éste salga a su encuentro. Y así va derramando su voz, impulsada por una actitud religiosa sustantiva que le permita encontrar, en su personal itinerario vital, una relación directa con Él, con la Excelencia: “Temo que llegue el tiempo de marchitas apuestas,/ y lucho por salvar el cansado entusiasmo/ para seguir serena/ hacia el lugar que llama en lo secreto”. Y en otro momento: “Es difícil caminar a tu lado,/ y vuelvo la mirada por si estás a mi espalda,/ y no han sabido verte mis descuidados ojos” (“Ver”).

La poetisa sale al encuentro de la divinidad en medio del mundo: en la luminosa mañana, en la fiesta de las calles, en las viñas y en los trigales, en la tierra fértil o en el paisaje yermo, en una iglesia, hasta llegar incansable a intentarlo, aunque sin éxito, en el mismo poema, donde no aparece “ni siquiera un aliento de alma próxima”. Y es que Dios es todavía sólo *una huella, un rumor, una herida abierta, una ausencia*, el eco imprevisible de un deseo impalpable, al que Dionisia se acerca, envuelta, sin saberlo, en

la primera vía de un esperanzado proceso místico. Tal como sucede en el poema central “Aun a oscuras”, que da título a la obra, en el que después de indicar que los trabajos cotidianos nos hacen olvidarnos de ese telón de fondo inexcusable que es la muerte y de lo que tras ella nos aguarda, afirma con encendido sentimiento: “Como el enamorado, si me acerco a mí vienes,/ huyes si me distraigo y obstinada repito/ el reproche y la duda. Todo es vano./ Porque al final vences Tú, y aun a oscuras, acompaña tu ausencia”.

Tan alto vuelo espiritual y lírico se remansa en un venero de arraigada clasicidad que la poetisa entreteje con sus versos para comunicarnos, en una especie de confesión profunda, lo que su estado interior experimenta: su necesidad de relación directa con Él, cuyo nombre no duda en decir con acariciadora voz: “Habitó en el silencio, casi me siento cómplice,/ y por eso me avengo a la madurez,/ al jugo de tu nombre: te delecto, Dios,/ te delecto.” Versos finales de un poemario que no puede leerse sin que experimentemos emocionadamente el contagio último de esa íntima palpación espiritual, a modo de inmersión teológica suma, que Dionisia García nos ofrece en su *Aun a oscuras*, dando fe de que sólo mediante un sostenido y voluntarioso esfuerzo por aclarar los enigmas del alma, puede obrarse el milagro de la sublimación de nuestra débil y tierna condición de seres humanos.